ba fatigosamente, sudando y con la cara lívida. Llevaba las manos atadas á la espalda; se arrodilló delante de su vencedor, y el joven César de veinte años puso su manecita sobre la cabeza cabelluda del rey bárbaro.

XIX

Era la época de la vendimia. Todo el día vibraban en el aire las canciones en las orillas del alegre golfo de Nápoles.

En la campiña preferida por los romanos, en Bai, célebre por sus aguas sulfurosas, Bai, de la que los poetas del tiempo de Augusto decían:

Nullus in orbe locus Baiis prelucet amœnis,

las personas desocupadas se deleitaban en la naturaleza, más refinada y voluptuosa que ellas mismas.

Era aquel un rincón no violado del elegante país que frecuentaba la imaginación de Horacio, de Propercio y de Tibulo. Ni siquiera una sombra del siglo monacal había obscurecido aún aquel litoral lleno de sol, que se extendía entre el Vesubio y el

cabo Miseno. No se negaba allí el cristianismo, pero deshacíanse de él con una ligera chanza. Las pecadoras no se arrepentían aún; pero las mujeres decentes, en primer lugar, se asustaban de la virtud como de una moda vieja. Cuando llegaban las nuevas de las profecías de las Sibilas, amenazando al mundo decrépito con un derrumbamiento completo ó bien las de los crímenes nuevos y de las idolatrías del emperador Constancio, de la invasión de los persas en Oriente, de las amenazas de los bárbaros del Norte, los dichosos habitantes de Bai, cerrando los ojos, aspiraban la suave brisa henchida de los perfumes de los racimos de Falerno, apenas estrujados en el lagar, y se consolaban con epígramas. Para olvidar las desgracias de Roma, las predicciones del fin del mundo, les bastaban versitos fáciles, que se enviaban unos á otros como regalo:

Calet unda, friget althra,
Simul innatat choreis
Amathusium renidens
Salis arbitra et vaporis,
Flos siderum Dione!

Algo de senil é infantil se leía en los rostros de los más alegres epicúreos.

Ni la fresca agua salada de los baños de mar, ni los calientes manantiales sulfurosos de Bai no podían curar completamente los cuerpos de aquellos jóvenes caducos y frioleros, calvos ya á los veinte

años y envejecidos, no por su libertinaje personal, sino por el libertinaje de sus antepasados; ya consumidos por la literatura, la sabiduría, por las mujeres espirituales é impotentes y que llevaban en sus venas la sangre helada de las generaciones retardadas.

En uno de los rincones más floridos y más confortables, entre Bai y Puteoli, entre las negras cimas de los Apeninos, los muros de mármol de una quinta ostentaban su nota animada.

Cerca de la ancha ventana que daba directamente al mar, de manera que desde la habitación no se veían más que las olas y el cielo, Mirra reposaba en una cama.

Los médicos no entendían su enfermedad; pero Arsinoé, que veía á su hermana perder fuerzas de día en día y consumirse, se la llevó de Roma á las orillas del mar.

Mirra, á despecho de su enfermedad, imitando á las monjas y á los anacoretas, arreglaba su habitación, se traía el agua ella misma y procuraba lavar su ropa y hacerse la comida. Mucho tiempo, hasta la última extremidad, rehusó acostarse, pasando la noche en oraciones, y un día Arsinoé, aterrorizada, halló un silicio sobre el débil cuerpo de su hermana. Mirra había hecho quitar de su cuartito todos los objetos de lujo, las telas y los adornos, no dejando más que su cama y una tosca cruz de madera. Con sus paredes desnudas, la habitación parecía la celda de un monje. Observaba un ayuno severo y le era difícil á Arsinoé luchar contra aquella voluntad obstinada y dulce.

El aburrimiento desapareció de la vida de Arsinoé. Pasaba continuamente de la esperanza del restablecimiento de Mirra á la desesperación de perderla, y aunque no la amara más que antes, dominada por el miedo de la separación eterna, comprendía mejor su amor.

A veces, con una piedad maternal, Arsinoé contemplaba aquel rostro fino y enflaquecido que respiraba una gracia celeste, aquel cuerpecito consumido por un fuego interior demasiado vivo. Cuando la enferma rechazaba el vino y el alimento prescrito por los médicos, Arsinoé decía despechada:

—¿Crees que no lo veo, Mirra? ¿Buscas la muerte? ¿Qué haces de tí?

—¿No es lo mismo morir que vivir?—respondía la joven con tal convicción, que Arsinoé no sabía que replicar:

—Tú no me quieres...

Pero Mirra, cariñosa, aseguraba:

—¡Querida, no sabes cuanto te quiero! ¡Oh, si pudiera nada más!...

La enferma no terminaba nunca la frase ni preguntaba á su hermana si tenía fe. Mas fijaba en Arsinoé una triste mirada, como si quisiera decirle algo y no se atreviera. Arsinoé sentía en aquella mirada un ligero reproche, y, sin embargo, tampoco ella hablaba de la fe, y no tenía valor para comunicarle sus dudas por temor de quitarle tal vez la esperanza loca de la inmortalidad.

Mirra se debilitaba de día en día, se derretía como la cera de los cirios, y en cambio se ponía más alegre y más tranquila.

Juventino, que había huído de Roma por temor á

las persecuciones de su madre y esperaba con Didimo en Nápoles la salida del navío para Alejandría, venía á verla todas las noches.

Leía el Evangelio y refería las leyendas de los santos.

¡Oh, cómo hubiera querido Mirra ir á aquellas obscuras cavernas, al lado de aquellos seres grandes y misteriosos! El desierto no se le aparecía triste y solitario, sino florido como el paraíso terrestre, lleno de maravillas, iluminado por una luz tal, que no se encontraba igual en ninguna otra parte de la tierra. Se ahogaba en la casa. Algunas veces, calenturienta por los sufrimientos de la enfermedad, languideciendo junto á la Tebaida, veía las velas blancas de los navíos desaparecer en lontananza y tendía hacia ellas sus pálidas manos. ¡Oh, si hubiera podido volar tras ellas y respirar el aire puro del desierto lleno de silencio! Otras veces intentaba levantarse, aseguraba que se sentía mejor, que se pondría buena pronto, y secretamente esperaba que la dejarían partir con Didimo y Juventino, cuando llegara el navío de Alejandría.

Anatolio, el fiel adorador de Arsinoé, vivía también en Bai. El joven epicúreo organizaba admirables paseos en trirreme dorada, desde el lago de Albano al golfo, con alegres camaradas y hermosas mujeres. Se deleitaba con la vista de las velas de púrpura, que bogaban por el mar adormecido, con las fusiones de las tintas crepusculares sobre las rocas de Caprea y de Isquia, que parecían enormes amatistas; se regocijaba con las burlas de sus amigos acerca de la fe, con el aroma del vino, con los besos embriagadores de las cortesanas.

Mas todas las veces que penetraba en la tranquila celda de Mirra, sentía que el otro lado de la vida le era también accesible. La inocente gracia del pálido semblante de la doncella le conmovía. Quería creer en todo aquello en que ella tenía fe: el dulce Galileo y el milagro de la inmortalidad. Escuchaba las relaciones de Juventino y hallaba sublime la vida de los anacoretas.

Anatolio notaba con sorpresa que para él la verdad existía en la embriaguez de la vida y en renunciar á ella, en el triunfo de la materia y en el del alma, en la castidad y en la voluptuosidad. Su pensamiento permanecía puro. No experimentaba remordimientos.

Hasta las dudas le gustaban, como un juego nuevo; aquellas suaves y profundas olas de la vida, aquellas transiciones del cristianismo al paganismo no le atormentaban, antes bien, le mecían.

Una noche Mirra se durmió delante de la ventana abierta. Al despertarse, dijo á Juventino con radiante sonrisa:

—He tenido un sueño extraño...

—¿Qué sueño?

—No me acuerdo. Era feliz. ¿Crees que todos obtendrán la salvación?

—Todos los justos; los pecadores serán castigados.

—¡Los justos, los pecadores!... Yo no pienso así, —respondió Mirra sonriendo siempre, como si procurara recordar el sueño.—¡Mira, Juventino, yo creo que todos, todos serán salvados, y que Dios no dejará que se pierda ni un sólo sér!

—Así pensaba el gran maestra Orígenes, que decía:

Mi salvador no puede alegrarse mientras yo permanezca en la iniquidad.» Pero eso era una herejía...

Mirra, sin escuchar, continuaba:

—Sí, sí. Debe ser así; ahora lo comprendo. ¡Todos se salvarán, hasta el último! Dios no permitirá que se pierda ni una sola de sus criaturas.

—Quisiera creerlo así,—murmuraba Juventino; —pero yo temía...

—No hay que temer. Donde existe el amor, no hay miedo. Yo no temo nada.

—¿Y... El?—preguntó Juventino.

—¿Quién?

—El que no debe uno nombrar. ¡El rebelado!

—¡También él, también él!—exclamó Mirra con acento de fe atrevida.—Mientras haya un alma sola que no haya conseguido su salvación, ninguna criatura gozará de la felicidad completa. Si para el amor no hay límites, Dios estará en todo y todo en Dios. ¡Amigo mío, qué dicha! ¡No nos hemos dado aún cuenta de ello! Hay que bendecirlo todo, ¿comprendes?

—¿Y el mal?

—No hay mal, si no hay muerte.

Por la ventana abierta llegaba el eco de las báquicas canciones de los camaradas de Anatolio, que celebraban una fiesta en las trirremes purpúreas sobre el mar azulado por el crepúsculo.

Mirra hizo alusión á ellos.

—También eso es hermoso; hay que bendecirles también,—murmuró.

—¿Cantos malos?—preguntó Juventino temeroso.

Mirra meneó la cabeza.

—No. Todo es bueno, todo es puro. La belleza proviene de Dios. ¿De qué tienes miedo, amigo mío?... ¡Oh, qué libertad es necesaria para amar!... Y no temas nada. ¡Tú no sabes aún qué dicha proporciona la vida!

Mirra suspiró largamente y añadió:

—¡Y qué dicha proporciona la muerte!

Esta fué su última conversación. Mirra permaneció acostada varios días, inmóvil y muda, sin abrir los ojos. Quizás sufría mucho, porque sus cejas se fruncían dolorosamente de vez en cuando; pero una sonrisa dulce y resignada corregía inmediatamente aquella contracción involuntaria, y de sus cerrados labios no se escapó ni un gemido ni una queja.

Una vez, en plena noche, llamó á Arsinoé, que estaba sentada á su lado. La enferma hablaba con trabajo. Preguntó sin abrir los ojos:

—¿Es de día?

—No, es de noche aun,—respondió Arsinoé;—pero pronto saldrá el sol.

—No oigo... ¿Quién eres?—murmuró Mirra casi imperceptiblemente.

—Soy yo; Arsinoé.

La enferma abrió de repente sus grandes ojos luminosos y miró fijamente á su hermana.

—Me había parecido,—dijo Mirra con esfuerzo, —me había parecido que no eras tú..... que estaba sola.

Después, muy lentamente, con dificultad, moviéndose apenas, juntó sus diáfanas manos, una palma contra la otra, con expresión temerosa y suplicante. Sus labios temblaron y se le arquearon las cejas.

—No me abandones... Cuando me muera no creas que ya no existo.

Arsinoé se inclinó hacia ella, pero Mirra estaba demasiado débil para abrazarla; lo intentó en vano. Entonces Arsinoé aproximó la mejilla á sus ojos y la joven acarició suavemente su cara con sus largas pestañas. Era esta una de sus costumbres de la niñez, inventada por Mirra. Hubiérase creído que sobre la mejilla temblaban las alas aterciopeladas de una mariposa.

Esta última caricia recordó á Arsinoé toda su vida común, todo su afecto. Cayó de rodillas y por la primera vez desde hacía muchos años, sollozó irresistiblemente. Parecíale que su corazón se deshacía en lágrimas.

—No, Mirra,—decía,—no te abandonaré... Permaneceré siempre contigo...

Los ojos de Mirra, se animaron alegres, y balbuceó:

—Entonces, tú...

—¡Sí, quiero creer, creeré!—exclamó Arsinoé.

Y al punto se admiró de aquellas palabras inesperadas; parecíanle un milagro y no un engaño, y no quería arrepentirse de ellas.

—Iré al desierto, Mirra, como tú, en tu lugar,—continuó en un transporte de amor loco.—Y si Dios existe, tendrá que hacer de manera que no haya muerte, que estemos siempre juntas.

Mirra cerró los ojos al escuchar á su hermana, y con una sonrisa de infinito sosiego murmuró:

—Ahora voy á dormirme. Ya no me hace falta nada. Estoy bien.

No abrió más los ojos ni habló más. Su semblante estaba tranquilo y severo como el de los muertos. Así vivió algunos días.

Cuando aproximaban á sus labios una copa de vino, tomaba algunos sorbos. Cuando la respiración se hacía agitada é irregular, Juventino, inclinado sobre ella, cantaba una oración ó un himno sagrado, y entonces Mirra, como mecida, empezaba á respirar más suavemente.

Una tarde, cuando el sol se hubo puesto detrás de Isquia y de Caprea, cuando el mar inmóvil se confundía con el cielo y la primera estrella temblaba aun indistintamente, Juventino, cantaba á la moribunda:

Deus creator omnium,
Polique rector vestiens,
Diem decore lumine
Noctem sopora gratia...

Tal vez Mirra había exhalado el último suspiro á los sonidos de aquel himno solemne. Nadie había advertido que ya no respiraba. La vida y la muerte eran iguales para ella, porque su vida se había fundido con la incomprensible eternidad, sin sufrimientos, como la tibieza se confunde con la frescura de la eoche.

Arsinoé enterró á su hermana en las catacumbas, y con su propia mano inscribió sobre la lápida: «*¡Myrrha, vivis!* ¡Mirra, vives!»

Arsinoé casi no lloró. Llevaba en su corazón el desprecio hacia el mundo y la resolución de creer en Dios, ó á lo menos de hacer todo lo que dependiera de ella para creer en él. Quería distribuir su fortuna entre los pobres y partir para la Tebaida. El mismo día en que Arsinoé comunicó sus proyectos á su tutor, indignado, recibió de la Galia una corta y enigmática carta del César Juliano.

«Juliano, á la muy noble Arsinoé. ¡Alegría!

»¿Te acuerdas de lo que habíamos hablado juntos en Atenas ante la estatua de Artemisa? ¿Te acuerdas de nuestra alianza? ¡Grande es mi odio, pero más grande es aun mi amor! Pronto tal vez el león alejará lejos de sí la piel del asno. Entretanto, seamos sencillos como palomas y prudentes como serpientes, según la expresión, del Cristo Nazareno.»